



“El Cristianismo es una religión de la razón”
(por Padre Antonio Rodríguez)

Hoy nos reunimos para conmemorar, mediante un acto académico, los diez años de la publicación de la encíclica “Fides et Ratio” del Papa Juan Pablo II el 14 de Septiembre de 1998. Es necesario enmarcar este documento pontificio dentro de la religión cristiana, mirando con atención el título Fe y Razón, que de por sí dice mucho. Por otra parte, la encíclica no proponía un tema nuevo para la Iglesia y el mundo, pues la relación entre la fe cristiana y la razón se remonta hasta los orígenes de la religión fundada hace dos mil años por Jesús de Nazareth. Digámoslo desde el inicio de esta exposición: el Cristianismo no es una religión irracional. Por consiguiente, en contra de lo que muchos piensan equivocadamente, no existe oposición entre la Fe Cristiana y la razón humana. Todo lo contrario. Lo propio de la Fe Cristiana, es el lugar esencial que el elemento de la razón humana ocupa en ella. La Fe Cristiana, pues, es racional y autónoma. En lo genuino de ella no entran los ingredientes mágicos, ni voluntaristas ni heterónomos. Esto será lo que trataré de explicar.

La Fenomenología de la Religión, ciencia filosófica relativamente moderna, nos dice que el primer estadio del hombre religioso y de una religión, lo constituye la experiencia mágica. En este nivel, los objetos comunes adquieren una connotación religiosa, marcada por el poder sobrenatural que el hombre creyente le da. Basta entrar en contacto con ellos, aunque sea sin querer, para quedar bendecidos o maldecidos por esa acción. Evidentemente, la santería es una religión típicamente mágica. Resguardos, brujerías y males de ojos son los elementos mágicos de esta religión. El Antiguo Testamento también nos presenta no pocas muestras de expresiones mágicas, especialmente en los relatos de los Patriarcas y en textos anteriores a los Profetas y Sapienciales. Así mismo, en expresiones religiosas católicas, pentecostalistas y del amplio mundo protestante (ejemplo: lo diabólico), hallamos lo mágico. Concluamos, lo mágico carece de lo racional o esto se encuentra muy disminuido. Las explicaciones de lo religioso se caracterizan por ser explicaciones irracionales. Todo esto explica el rechazo y la cruel crítica que la Ilustración hizo a la Fe Cristiana, la cual padecemos todavía. No fue a la auténtica Fe Cristiana, sino a las frecuentes expresiones mágicas del cristianismo vivido hacia el cual dirigió sus dardos la Ilustración. Sólo que los ilustrados pensaban que el cristianismo mágico era la Fe Cristiana. Por eso Voltaire invitaba a combatir a “la infame”, que era la Iglesia, portadora, para él y para muchos, de oscurantismos irracionales. Por eso, los ilustrados no proponían, como después lo hiciera Marx y otros políticos y filósofos no marxistas, a acabar con la religión. Los ilustrados, en cambio, proponían una religión racional, aunque el camino iniciado les salió muy mal, pues lo que surgió fue el deísmo. Ellos desconocieron el valor de la providencia divina y de la redención. Pensaron, erróneamente, que estos aspectos esenciales de la Fe Cristiana anulaban o empobrecían al hombre, a su razón y a su libertad.

Fe y Razón habían caminado juntas hasta el Renacimiento, preludio de la Ilustración. El divorcio comenzó con aquel. La ilustración presentó a la Fe (en este caso cristiana, pues nació en campo cristiano) como contradictoria de la razón. Para los ilustrados y racionalistas el binomio no es fe y razón, sino fe o razón, o razón contra la fe. En nuestro pueblo sencillo, y no tan sencillo, encontramos en el substrato de su pensamiento esto último, cuando atribuyen a la fe la ceguera que explica lo que la razón no puede explicar. La mayoría de las personas y de los católicos ignoran lo que el Concilio Vaticano I (1870) expuso clarívidamente: la razón puede alcanzar por sí sola las verdades de orden natural, y tiene límites para alcanzar otras verdades de orden sobrenatural, que sólo se alcanzan con la revelación divina, contenida en las sagradas Escrituras y en la Tradición.

La constitución “Dei Filius” de este concilio aclara que entre la revelación y la razón no existe desacuerdo alguno, pues Dios es autor de una y de otra. La fe, que es un don de Dios, es también un acto racional y libre.

Sin embargo, esto no era la primera vez que se decía en la Iglesia. Muchos Padres de la Iglesia, teólogos, con Santo Tomás de Aquino a la cabeza, ya habían expuesto estas verdades. Este había sido el pensamiento oficial de la Iglesia, aunque debemos reconocer, que el pensamiento vivido no fue así, como tampoco ahora lo es. Es explicable la crítica que muchas veces se nos hace. La práctica de la auténtica fe cristiana es la que puede romper confusiones y críticas.

Otro aspecto que deseo indicar con respecto a la racionalidad de la Fe Cristiana es el de la práctica moral. A lo largo de estos veintiún siglos la interpretación cristiana de la moral se ha debatido entre el voluntarismo y la lectura de los textos bíblicos a través de la mediación racional. En primer lugar, la praxis moral enseñada por Jesús de Nazareth carece –gracias a Dios –, de elementos voluntaristas. La desautorización del legalismo fariseo es la prueba más evidente de esto. La colocación del hombre como absoluto en el centro del mensaje jesuánico, resaltado en la máxima de que “el sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc. 2, 27) constituye la prueba más palmaria del no voluntarismo del Señor. Las invitaciones y no obligaciones a su seguimiento corroboraran lo anterior. Por su parte, San Pablo cuando proclama el carácter no salvífico por sí sola de la Ley y la libertad de la conciencia del cristiano ante la comida de los idolotitos en la Primera Carta a los Corintios, expresa la prolongación de la prédica de Jesús. Las cartas a los Gálatas y a los Romanos son las catedrales de la libertad cristiana.

La mediación racional de la Ley pasa necesariamente por el análisis hecho por la conciencia moral del creyente, al punto que el teólogo protestante Oscar Cullman (+1998) afirma que el discernimiento (dokimazein) es la categoría moral principal del Nuevo Testamento. Estos elementos derriban cualquier brote de voluntarismo presente en el cristianismo histórico. En distintos momentos de la reflexión teológica y de la práctica moral de los cristianos durante estos dos milenios, el voluntarismo moral se ha hecho presente. El franciscano Guillermo de Ockam en el siglo XIV, la teología de los reformadores y la predicación popular de católicos y protestantes –repito a lo largo del cristianismo histórico-, muestran el voluntarismo, que carece prácticamente de racionalidad. El voluntarismo nace del fundamentalismo bíblico, y éste de la absolutización del texto sagrado, no teniendo en cuenta lo afirmado por San Pablo en 2 Cor 3, 6: “La letra mata, el Espíritu vivifica”. El fundamentalismo bíblico genera un nuevo legalismo. La práctica voluntarista de la moral cristiana no promueve al hombre –así de claro-, porque le resta racionalidad y libertad. La moral bíblica debe ser leída a través de la razón, buscando la voluntad de Dios en cada momento de la vida del cristiano. El voluntarismo moral prescinde del elemento racional. Santo Tomás de Aquino es uno de los exponentes más luminosos de la lectura racional de las sagradas Escrituras; por eso, con excelente tino, en el reciente sínodo se ha expresado que el Cristianismo, a diferencia del Corán y del Talmud, no es una religión del libro, sino de la Palabra. Ambas expresiones hablan por sí solas.

En último lugar deseo destacar, que la Fe Cristiana se cimenta en la libertad del hombre. Dios no le quita ni le disminuye su libertad. El texto del Génesis nos dice que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Dios es libertad pura. Santo Tomás de Aquino, por su parte, nos dice que el hombre, en virtud de su racionalidad, está más cerca de la naturaleza divina, y por tanto goza de autonomía en sus decisiones (cfr: “De Veritate 22, 4 y 6), puesto que su naturaleza racional lo hace más apto para dirigirse por sí mismo, puesto que no se halla determinado por otras realidades. Siguiendo esta lógica, puedo concluir que realidades mágicas, utilitaristas, hedonistas y legalistas, cuando determinan el actuar moral del hombre, lo alienan y le restan autonomía.

Enmanuel Kant, en la segunda mitad del siglo XVIII, expuso magistralmente la autonomía moral del hombre frente a la heteronomía moral, que motiva las decisiones morales humanas fuera del propio hombre.

Al final, ¿Qué añadir? Que la historia de la salvación añade dos datos más: El Dios que por amor creó al hombre, no lo abandonó, como pensaban Voltaire y otros; pero no solo eso, sino que por el acto redentor de su Hijo, muerto en la cruz por amor al hombre, lo ha redimido, haciéndolo partícipe de la vida eterna. El único de todos los seres creados que está capacitado para hablar con Dios es el hombre, porque también es el único ser creado que Dios ama por sí mismo. San Gregorio Nacianceno, de modo osado, dijo que el hombre llegará incluso a ser Dios mismo (Sermón 7 en honor de su hermano Cesáreo).

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2008-2010©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original